

Memorias de David

Escrito por Christine Rodríguez

Eulalie estaba leyendo sus misales diarios en voz baja. La mujer de cincuenta años, de color de canela, estaba sentada en una silla de madera que crujió a cada vez que se movió. Cuando acabó de recitar las oraciones, colocó el libro sobre la mesa cercana en la cual había un pequeño altar con una cruz, una estatua de la Virgen y una candela encendida.

El salón estaba desierto. Fue a la cocina, al detrás de la casita. A través de la ventana, podía ver el patio con los árboles de banana, de almendras y de aguacate con sus hojas verdes bailando con el viento ligero. Dio vuelta y caminó hacia el cuarto de los hijos. Había tres camas de varios tamaños y una cajonera con ropa que parecía como si estaba tratando de escapar de los cajones llenos.

Eulalie encontró a su suegra, Gracia, inclinándose hacia la cuna del pequeño David. La anciana, color de ébano, parecía frágil, pero cuando se giró para mirarla, sus ojos oscuros brillaban con vivaz y alegría. La vista de Eulalie siguió el brazo óseo de Gracia para encontrar un collar de cuentas azul en su mano.

“¿Qué estás haciendo?”—preguntó Eulalie.

“Nada, mi hija. Nada.” Gracia miró a David acostado. Era casi blanco, rubio, con ojos azules. No era un bebe. Tenía el tamaño de un niño de tres o cuatro años. No era gordo ni delgado. No obstante, no movía sus brazos. Sus piernas tampoco. Estaba mirando el collar en la mano de Gracia. Balbucía. Sus oraciones eran ininteligibles. La abuela agitó el collar. Cantó: “Tchik, tchik, tchik”.

Eulalie chupó sus dientes. “Trae eso de él antes que se ahoga con eso”—se quejó.

Gracia frunció los labios y suspiró. Sonrió a David, y después puso el collar en el bolsillo de su delantal. Siguió a su hijastra a la cocina.

“¿Dónde están todos?”—dijo la anciana cercándose de la encimera sobre el cual había el cuerpo de un pollo sin plumas. Tomó el cuchillo de carnicero y empezó a cortarlo.

Eulalie, del otro lado, cortó cebollas, ajo, un jalapeño y hierbas verdes. “Todavía están en Puerto de España para ver el carnaval, cerca de la universidad”—respondió.

“Ah, mi collar te enojas, pero no el carnaval”—Gracia murmuró.

“Por favor, Gracia”—dijo Eulalie. Ahora, está moliendo curry en un pesar y mortero. Después, puso todos los ingredientes en un bol de madera y los mezcló con una grande cuchara. Cuando

la africana había terminado de cortar la carne rosa, añadió las piezas al bol y Eulalie los revolvió. Gracias limpió sus manos en el fregadero.

“El pan está listo”—advirtió Eulalie.

Gracia dio la vuelta y se fue en el patio para retirar el pan del horno hecho de tierra con una larga espátula de madera. Cuando regresó en la cocina, las dos mujeres olieron el pan caldo con satisfacción. Mientras de que Eulalie cubrió el pollo en el bol con una toalla, Gracia obtuvo una botella de comida líquida del refrigerador. Llenó una maceta de agua y la puso a hervir encima de la estufa.

“Todas tus oraciones no van a cambiar nada, Eulalie”—anunció la anciana.

“Y tus prácticas arcaicas, ¿sí?”

Había un largo silencio. El agua hirviendo en la estufa se volvió más ruidoso. Gracia colocó la botella de líquido amarillo adentro del agua.

Mirando el agua, explicó —“Yemeya protegió los niños.”

Eulalie chupó sus dientes otra vez antes de regresar a la habitación de David. “Hola mi amor”—exclamó. Los ojos de David centelleados a la vista de su madre. Ella tomó sus piernas inactivas en sus manos de piel seca y las movió para atrás y para adelante. “¡Un, dos, tres, cuatro!”—cantó la madre. Repitió la acción una y otra vez. David hizo gárgaras y tenía un pequeño sonrisa torcido. Le puso contenta a Eulalie.

Gracia entró con la botella calda y sonrió también. David, con su piel tan clara, no podría parecer más diferente que su abuela. Ella dijo —“Tiene la misma cara que su abuelo.”

“Por supuesto”—respondí su madre. “Dios selo dio, y tenemos que aceptarlo.”

La cara de la abuela se puso seria. Había la mano en el bolsillo y estaba apretando el cuello azul. Eulalie apoyó las piernas del niño sobre el colchón y lo tomó en sus brazos. Lo llevó al salón y se sentó en la silla cerca del altar. Tenía a David muy seguro y Gracia, que la había seguido, le dio la botella con la cual empezó a alimentar al niño.

Había solo el sonido de David chupando la boquilla de la botella y las aves coloridas cantando en el patio. Gracia pasó sus dedos entre el pelo liso de David. Y las dos mujeres lo miraron alegremente sin decir nada.